

pezó en la aurora de nuestra vida y aun mucho tiempo antes que viésemos la luz material; pero no fué para concluir su amor con nuestra vida, sino para continuarle en todo el discurso de los siglos. Ella no cesará hasta que nos conduzca á la eterna bienaventuranza, donde gozaremos en ella, por ella y con ella de los sabrosos frutos de la felicidad perdurable que nos haya granjeado su caridad: allí aumentará su amor y estará exenta de todo temor por nosotros: allí el nuestro estará á salvo y sin recelo de experimentar mudanza: allí nos amará ella y la amaremos nosotros: allí nos hará conocer lo que ha hecho por nosotros, y la bendeciremos por siempre: allí será ella de nosotros y nosotros de ella, y todos seremos de Dios. ¡Oh admirables delicias! ¡Oh sabrosos frutos de amor! ¡Oh eternidad bienaventurada!

TERCERA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO IV.

QUE LA MADRE DE DIOS ES EL FAVOR DE LOS SUYOS.

El favor es el hijo primogénito del amor ó por mejor decir, es el amor mismo en cuanto es fuerte y vehementemente y se halla en una persona poderosa, v. gr. un monarca. Por lo tanto habiendo tratado del amor de la madre de Dios para con los suyos, me parece que debo de hablar del favor antes de pasar á las otras consecuencias del mismo amor y engolfarme en las demas grandezas de su bondad.

§. I.—Que la Virgen santísima es el favor de los suyos.

I. Como Dios es el origen del amor hermoso, tambien lo es del santo favor. S. Dionisio en el capitulo IV de los nombres divinos discurre excelentemente diciendo que el exceso de bondad que hay en Dios, le estimula á salir en algun modo fuera de sí para comunicarse á las criaturas produciéndolas, perfeccionándolas y refiriéndolas á sí, todo por un principio divino, que es su amor sumamente bueno, como que sale del sumo bien y termina en el mismo. Añade que la propiedad de este amor es causar éxtasis y arrobar al amante para transformarle en la cosa amada. Este éxtasis dice el apóstol de Francia que es causado por el amor no solo en las criaturas, á quienes hace salir de sí para unirlas á su criador como á su principio y única dicha, sino tambien en Dios, cuando por una admirable condescendencia y una estrechísima comunicacion de sus bienes se une de tal suerte á su criatura, que no se reserva nada que no sea enteramente de ella. Este éxtasis me parece tener tanta semejanza con lo que comunmente llamamos favor, que si no es el favor mismo, no sé á qué cosa se querrá dar este nombre. Juzgando por los efectos, ¿quién negará que no es un efecto de este éxtasis la eleccion que Dios hizo del hombre, la criatura mas baja de las racionales, para ensalzarle sobre los ángeles y hacerle sentar á su diestra, hasta tal punto que este favor fué capaz de introducir la envidia en el cielo? ¿Quién negará que no fué otro efecto del mismo éxtasis el que de todos los pueblos de la tierra sepultados igualmente en la ignorancia y el error fuese elegido y favorecido solo el pueblo hebreo, dándole su conocimiento, su ley, su culto y sus altares? «Mira que del Señor tu Dios es el cielo y el cielo de los cielos, decia

Moisés á su pueblo (1), la tierra y todo lo que hay en ella; y no obstante se apegó muy estrechamente el Señor á tus padres. y los amó, y escogió su linaje despues de ellos. * ¿Quién negará que el tercer efecto de este éxtasis no fué la eleccion mas particular que hizo de algunas personas en aquel pueblo, como Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y otros muchos de quienes la Escritura hace mencion?

II. Si fijamos los ojos de nuestra consideracion en el hijo de Dios hecho hombre; ¿no fué un efecto de este éxtasis el que entre sus muchos discípulos llamase á doce apóstoles en pos de sí para tratar mas familiarmente con ellos, comunicarles cuanto habia aprendido de su padre, y darles por buenas razones el grato titulo de amigos? ¿No fué un efecto de este éxtasis el que de ese puñado de apóstoles quisiese distinguir á tres con sus favores mas especiales, y de ellos solo uno fuese el amado, el que descansó sobre su pecho y el que recibió por testamento lo que mas amaba el Señor; á saber, su santísima madre? Si todos estos rasgos de extraordinario cariño no lo son de favor, y si los que los reciben, no deben de llamarse privados; confieso por mi que no sé imaginar qué otro uso puede tener el nombre de que el mundo hace tanto aprecio. Por el contrario si convenimos en que el favor y lo que S. Dionisio llama éxtasis de amor, son una misma cosa; es preciso confesar en consecuencia que el amor que hay en Dios, es la idea mas excelente de favor que podemos tener, y que cuanto mas fuertemente imprime en alguno la imágen de su grandeza y de sus altas perfecciones, mas inclinacion le da de ordinario á comunicarse por esta via de favor. De aquí resulta, como diré luego, que los reyes,

(1) Dent., X.

que son como las estátuas movibles y animadas de la divinidad, tienen el corazon mas capaz de este afecto que los otros, cuanto poseen mas medios de manifestarle.

III. Así ya no me admiro no solo de que la Virgen baya sido la valida por excelencia de la augustísima Trinidad, sino de que ella misma tenga en la mano el favor y la facultad de comunicarle. Y como entre las simples criaturas ella se acerca á Dios mas que ninguna otra, se sigue por necesidad que despues de los validos de su divina majestad ocupan el primer lugar los de la Virgen; lo cual no parecerá extraño á nadie, si considera lo que se debe á las calidades de madre de Dios y reina del universo, y mucho menos si admite el devoto pensamiento y la autoridad de muchos doctores de la iglesia, que creyeron que la gracia de que el ángel habló á nuestra señora en su embajada, fué el favor. Con efecto aunque Orígenes suspendió su opinion diciendo que no se acordaba de que se hallase en ningun otro lugar de la Escritura la palabra griega usada aquí (1); no obstante S. Basilio de Seleucia (2), S. Pedro Crisólogo (3) y S. Andrés Cretense (4) le dan el sentido que he indicado, y piensan que Dios que habia dictado aquella arenga, quiso dar á entender á la Virgen que tenia mas favor con su majestad que todas las criaturas de la tierra: que podia hacer participes á los suyos del mismo favor; en una palabra que estaba llena de favor no solo para poseer el espíritu de Dios, sino para tener ella tambien privados y levantarlos á la condicion mas dichosa del mundo. Este asunto merece examinarse mas detenidamente.

(1) Homil. 6 in Luc.

(2) Orat. in Annuntiat.

(3) Serm. 142.

(4) Serm. in Annuntiat.

§. I.—Del adelantamiento de los privados de la Virgen santísima; primer efecto de su favor.

I. La experiencia de todos los siglos y naciones nos enseña que el favor es casi como un impulso necesario del espíritu real para manifestar las mas singulares perfecciones que saca de la participacion del espíritu de Dios, y ademas nos hace ver que hay tres calidades principales que le ponen en movimiento. La primera es la liberalidad absoluta del principe, que se descubre singularmente en sacar de la nada á una criatura que le deba todo lo que es: de suerte que no tenga ella nada de suyo, sino todo del favor, y que sea su criatura, hecha toda de sus manos aparte de todo mérito y de todo deber de justicia. La segunda es el poder, que recibe una satisfaccion sin igual de ver honrado, estimado y buscado de todos á aquel á quien ha ensalzado. La tercera es la amistad, sin la cual no pueden vivir ni aun los reyes, porque es cosa muy molesta tener siempre el cetro en la mano, la corona en la cabeza y la majestad y gravedad de rey en el semblante: es preciso que tengan alguno con quien tratar mas familiarmente y desahogar su pecho. Cada una de estas tres causas produce sus diferentes efectos, que propiamente completan el favor y le dan el lustre y esplendor que roba los corazones de los que estan embelesados con el mundo. El primero es medrar ya en empleos y dignidades, ya en comodidades y riquezas, ya de otra manera. El segundo es el valimiento que les da el cariño del principe, no habiendo persona que no los honre por esta consideracion y trate de valerse de ellos para conseguir cualquier gracia. El tercero es la familiaridad y privanza que el soberano les muestra por medio de diversos obsequios y por la comunicacion de sus mas íntimos pensamientos, que pro-

piamente es la muestra indudable del favor. Tengo por seguro que no disgustaremos á la madre de Dios, ni á sus validos apropiándoles estos tres efectos, especialmente cuando ya he hecho ver que el favor trae su origen del cielo, que su primera idea está en Dios y que no es otra cosa que una participacion de la inclinacion regia que Dios tiene á comunicarse á las almas.

II. Empecemos por las medras, porque es casi imposible, por mas que se esfuerce el espíritu real, que no engrandezca y ensalce á aquel á quien ha cobrado cariño. No bien escogió Dios á Abraham por su privado, cuando le hizo ver en el firmamento y en el mar su futura grandeza prometiéndole multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo ó como las arenas del mar, hacerle padre y caudillo de una nacion entera y engrandecerle tanto, que fuese envidiado de los mayores monarcas del mundo. En el instante mismo en que llamó á Moisés desde la zarza ardiendo para comunicarse á él, le hizo legislador y caudillo de su pueblo, le dió la potestad de hacer milagros, y le dijo que le constituia el Dios de Faraon. Un predecesor de este rey habiendo mirado benignamente á José le dijo que sería el superintendente de su real casa y reino; que todos sus súbditos le acatarian y obedecerian, y que él solamente tendria un grado de precedencia sobre él: le puso su anillo en el dedo, mandó que vistiese una ropa de lino finísimo, le dió el segundo asiento en su carro y ordenó que fuera delante un heraldo pregonando en alta voz que la voluntad del rey era que todos doblasen la rodilla ante José y le reconociesen por su virey y lugarteniente general. La fortuna de Daniel, si es licito calificarla así, fué casi igual á aquella, porque Nabucodonosor le entregó el gobierno absoluto de sus provincias y le constituyó sobre todos los oficiales de su corona y todos los sabios de Babilonia. El favor que el soberbio Aman tu-

vo con el rey Asuero, fué extremado, porque tomaba asiento delante de todos los principes y consiguió una orden de su soberano para que todos los vasallos del reino doblasen la rodilla al pasar él: habiendo rehusado cumplirla Mardoqueo, se enojó tanto Aman, que no contento con castigar á aquel trató de extender su venganza á toda la raza de los judios. Como para este fin hubiese menester de un edicto formal del rey, ofreció para alcanzarle diez mil talentos ó sean veinte y cuatro millones de oro: tan cuantiosas eran las riquezas que habia allegado con su valimiento.

S. Andrés de Fiésoli.

III. Si el corazon humano tan pequeño es capaz de tanto cariño y puede mostrarle con tan magníficos efectos; ¡qué asombro no nos caasarian los testimonios del favor del cielo, si pudiéramos conocerlos! ¡A qué grado de favor juzgaríamos haber llegado los privados de la madre de Dios! Uno de ellos fué el bienaventurado Andrés de Fiésoli en Toscana, natural de Florencia y descendiente de la ilustre familia de los Corsinos, que habiendo sido consagrado á la virgen Maria aun antes de ser concebido (porque sus padres le habian alcanzado de nuestra señora por sus oraciones), y habiendo mamado con la leche la devocion á la reina del cielo, fué un dia á la iglesia de los religiosos carmelitas y postrado ante el altar de la Virgen se sintió impelido interiormente á entrar en dicha orden, como lo ejecutó á la edad de quince años. El favor de Maria que le habia llevado á aquel asilo seguro, no le abandonó jamás; y así el siervo de Dios aprovechó extraordinariamente y llegó á ser uno de los privados de la corte celestial por su singular humildad, obediencia, oracion, silencio, mortificacion y caridad. Cuando tuvo la edad competente para ordenarse, sus su-

periores le promovieron al sacerdocio; á lo que accedió por obediencia; pero no se le pudo persuadir jamás á que dijera la primera misa en Florencia, sino que para evitar el concurso y el aparato con que sus padres querian se hiciese la ceremonia, se retiró á un convento cerca de la ciudad. Allí ofreció sus primicias á Dios y á su madre con tanto fervor y con tales sentimientos de devocion, que Maria santísima para manifestar cuánto le agradaba aquel acto se le apareció y le dijo: «Andrés, tú eres mi siervo, porque yo te he escogido y seré glorificada en tí.» Palabras mas preciosas que todos los efectos imaginables del favor humano. Andrés fue promovido por sus extraordinarias virtudes al obispado de Fiésoli, donde por su eminente santidad fué una verdadera lumbrera de la iglesia. Advertido del dia de su muerte por la amorosa Virgen entregó su alma á Dios en el de la Epifania del Señor del año 1575 á los setenta y uno de su edad, que habia pasado vacando continuamente á las buenas obras y aprovechando en la virtud. Dios le favoreció muchas veces con milagros patentes ya en vida, ya mucho mas despues de su muerte.

Alberto Magno.

IV. El mismo favor sacó de la nada á Alberto, apellidado Magno por haber sido grande en toda perfeccion. Desde su niñez se dedicó al servicio de la Virgen, quien le recibió tan propiciamente, que se conoció bien por el resultado que vestia la librea de privado de nuestra señora. Diariamente ofrecia en homenaje á su reina diversos obsequios y le pagaba el tributo de cierto número de oraciones, que aumentó cuando llegó á la edad de deliberar acerca del estado de vida. Para esto se puso enteramente en manos de la Virgen, la cual le mandó entrar en la orden de predicadores. Así lo hizo

Alberto no sin vencer algunos obstáculos y dificultades, que allanó la que le guiaba. Poco despues de su entrada en la órden fué asaltado de tan recia tentacion fundada en su escaso talento y en que no podia competir con sus condiscipulos en el estudio de la filosofia, que no faltó casi nada para quedar vencido. Ya estaba disponiendo su salida, cuando tuvo un sueño que le hizo mudar de resolucion. Parecióle que estaba arimada la escala á la tapia del claustro y que no habia mas que subir. En el mismo instante fue detenido por cuatro doncellas de incomparable hermosura, que diciendo ser de la comitiva de Maria santísima le impidieron de pasar adelante, le infundieron esperanzas y le condujeron á presencia de su señora. La madre de bondad le recibió con extraordinarias muestras de benevolencia, y por la serenidad de su semblante y la dulzura de sus palabras le ensanchó de tal suerte el pecho, que le quitó todo el fastidio. Entonces le habló Maria en estos términos: «Hijo mio Alberto, no debias de desmayar por tan poco, especialmente sabiendo que yo te habia traído aquí y que tenia poder para mantenerte con tu consentimiento. Manifiéstame solamente lo que deseas, y no te apures por nada. El mancebo se atrevió á pedir la gracia de sobresalir en la filosofia, que entonces era el deseo que mas le atormentaba. ¿No pende mas que de eso, repuso la Virgen, el que vivas contento en mi servicio? Pues tendrás lo que pides, y para que te acuerdes de este dia y de que me debes esa gracia, cuando llegues á la vejez, de repente te volverás ignorante como ahora eres; en lo cual conocerás seguramente que tienes que disponerte para salir de esta vida é ir á ocupar el lugar que te guardaré en el cielo.» Dijo y desapareció. Los resultados mostraron bien pronto la verdad de la aparicion. En poco tiempo Alberto adelantó á todos los que antes le dejaban muy atrás, y adquirió tal fama de docto, que le apellidaron magno ó grande.

La Virgen que siempre da mucho mas de lo que promete, no se contentó con hacerle insigne en ciencia, sino aun mas en virtud, porque le alcanzó una limpieza de corazon extraordinaria y un don excelente de oracion, haciéndole un espejo acabado de toda la perfeccion religiosa. Al fin de su vida le acaeció lo que le habia predicho nuestra señora: estando un dia explicando en la cátedra se quedó cortado: entonces se despidió de sus discipulos y les contó menudamente cuanto le habia pasado. Contristáronse de tal suerte los escolares con esta relacion, que echaron todos á llorar á lágrima viva y le acompañaron á su aposento como si le hubieran conducido al sepulcro. El poco tiempo que le quedó de vida, le empleó en prepararse á la muerte, la cual fué santa como aquella, y al fin entregó su alma en manos de la que le tenia reservada una silla en el cielo.

S. Bernardino de Sena.

V. Aquí tenemos otro hijo predilecto y otra criatura de la privanza de Maria, S. Bernardino de Sena, religioso franciscano, á quien tantas veces he citado en los tratados anteriores. Siendo todavía jóven manifestaba por su singular modestia, por su amor á la castidad y por sus graves costumbres que la Virgen habia puesto los ojos en él. Pero lo que mas resplandecia en el virtuoso mancebo, era un afecto tan tierno y singular á la reina de los ángeles, que salian rayos de su rostro y daban en los ojos de cuantos conversaban con él. Era principalmente devoto de una imágen de nuestra señora con el título de Camolia, que está sobre una de las puertas de la ciudad de Sena. Todos los dias iba á visitarla, é hincando en tierra ambas rodillas desnudas le ofrecia sus servicios y le decia que la amaba preferentemente y que despues de Dios tenia toda su confianza en ella. Esta de-

vocion la practicó desde la niñez y la continuó mientras pudo en la religion; á cuyo propósito se refiere el hecho siguiente del fiel siervo de Maria. Una tia suya que le amparaba por muerte de sus padres, tenia un cuidado extraordinario de su educacion. Discurriendo un dia Bernardino familiarmente con ella se le escapó decir que habia encontrado una dama la mas hermosa, la mas discreta y la mas perfecta que pudiera hallarse: que todos los dias conversaba con ella; y que no podia acostarse sin verla un rato. La virtuosa tia no podia por un lado desconfiar del recato de su sobrino, en quien veia una prudencia y madurez superiores á su edad; pero por otro su buena indole y las peligrosas ocasiones á que se ve expuesta la juventud, le daban que sospechar. Vacilante entre estos pensamientos resolvió vigilarle, y viendo que con todas sus diligencias no descubria mas que las continuas visitas de Bernardino á la virgen de Camolia quedó sumamente contenta. No obstante para quedar de todo punto satisfecha le llamó un dia aparte y le estrechó de tal modo, que el mozo hubo de confesar el extraordinario amor á la Virgen, de quien estaba prendado su corazon, y los testimonios de afecto que reciprocamente recibia de aquella señora. La buena tia con dificultad pudo contener el gozo que habia inundado su alma. Bernardino rezaba todos los dias la corona de nuestra señora con grandisima devocion. Maria reconocida á estos obsequios le concedió su valimiento y le hizo grande delante de Dios y de los hombres. Un dia que Bernardino estaba orando, se le apareció la Virgen y le dijo: «Mi querido hijo, vengo á hacerte saber que me es muy grata tu devocion y que en consideracion de tus servicios te he alcanzado el don de hacer milagros para promover la gloria de mi hijo y la mia. A mayor abundamiento he conseguido la gracia de que saques mucho fruto con tu predicacion; á lo que añadido ahora que te

regocijarás eternamente conmigo en el cielo y tendrás buena parte en mis delicias.» Dios sabe si este favor aumentó en tan devoto corazon el amor y la confianza para con su madre bondadosa. Sus mas íntimos amigos le oyeron decir que no creia haber recibido ninguna gracia de Dios, que no fuese efecto de aquella devocion y una señal del favor de la reina del cielo. Estando predicando en Sena el año 1427 dijo públicamente que habia nacido el dia de la natiuidad de nuestra señora y recibido el bautismo en el mismo: que habia tomado el hábito de religioso y profesado en el mismo: que habia cantado la primera misa en el mismo; y que esperaba morir en el mismo. No obstante sucedió otra cosa, porque murió el 20 de mayo; de lo cual recibió un aviso señalado poco tiempo antes de morir. Predicaba en la ciudad de Aquila, que pertenece al reino de Nápoles, donde está enterrado, y explicaba la misteriosa figura de la corona de las doce estrellas, que ciñe en su cabeza la mujer del Apocalipsis, cuando de repente se vió encima de él una estrella mas resplandeciente que el sol, la que despues de despedir sobre su rostro rayos de una luz extraordinaria desapareció. El cielo quiso pronósticar así que dentro de pocos dias aquella bella antorcha cesaria de alumbrar al mundo é iria á regocijar á los habitantes de la gloria.

§. III.—Del valimiento de los privados de la Virgen santísima, segundo efecto de su favor.

I. No sin motivo comparaba Pompeyo el favor con el sol naciente, al que adoran muchos pueblos; porque en efecto todos corren tras el favor á causa del valimiento y poder de los privados, á quienes hace en cierto modo omnipotentes. Josué conociendo que le asistia el favor del cielo mandaba al sol: los siervos insignes de

Dios dictaban sus órdenes á las criaturas sensibles é insensibles como si nada fuese imposible para ellos. José tenia un imperio tan absoluto en la corte de Faraon, que un día le dijo este príncipe: «Tan cierto como yo soy Faraon, ninguno sin tu orden moverá mano, ni pie en todo Egipto (1).» Efestion, privado de Alejandro Magno, daba las coronas como queria, á medida que el conquistador iba sojuzgando los reinos. El soldan Soliman queria tanto á Ibrahim baja, que el mismo privado tenia por excesivo el favor de su soberano y le suplícaba muchas veces que le moderase; pero Soliman no se podia contener. Si nosotros tuviéramos tanto conocimiento del favor del cielo como tenemos del de la tierra, confesaríamos con cuánta razon decia David que Dios ha honrado demasiado á sus amigos y ha apoyado eficazmente su valimiento.

Santo Domingo. S. Felipe Neri.

II. Lo mismo digo en proporcion del favor de la madre de amor, porque no tiene otros fundamentos que la inmutabilidad de Dios: en lo demás el valimiento de ellos es tal, que ni aun pueden comprenderle. Hablo del valimiento que tienen con la Virgen, del que esta les da para con Dios y para con todos los santos, y del que tienen para conseguir cuanto pueden desear. Las historias estan llenas de relaciones del valimiento de que gozan para con nuestra señora; pero me contento con uno solo, con santo Domingo, que se jactaba con un verdadero sentimiento de humildad y gratitud de no haber pedido jamás ninguna cosa á su buena madre que no hubiese alcanzado. En los discursos siguientes hablaré del favor

(1) Genes., XLI.

que la Señora les proporciona para con Dios. Acuérdomé de paso de lo que acaeció un día á S. Felipe Neri, fundador de la congregacion del Oratorio. Viendo el santo que estaba enfermo de peligro el sabio César Baronio, entonces sacerdote del Oratorio y despues cardenal de la iglesia romana, se postró delante de un crucifijo y dijo: «Señor, es preciso sanar á César, si te parece.» Mas como no recibiese respuesta favorable, empleó el valimiento de María y le dijo las mismas palabras: al punto consiguió el efecto deseado. Lo mas notable en este caso fué que la Virgen al mismo tiempo mostró á Baronio lo que pasaba respecto de él en el oratorio de S. Felipe. Esto confirmado por el testimonio de dos testigos irrecusables no puede dudarse razonablemente.

S. Enrique, emperador.

III. Tampoco debe de ponerse en duda lo que sucedió al grande y valeroso emperador S. Enrique, primero de este nombre, príncipe de tan singular prudencia y acendrada virtud, que no es cosa de dudarlo, bien que no se sepa mas que por su propia deposicion. Verdaderamente fué acabado en todas perfecciones; pero se hizo en particular mas recomendable por su respeto y obediencia á la santa sede, por la justicia que administró á sus vasallos, por la virginidad perpétua que guardó con su mujer Cunegunda, y por su singular devocion á la madre de Dios. Siempre que iba á Roma, acostumbraba pasar en oracion la noche de su llegada en la iglesia de santa María la mayor. Una vez (es probable por lo que diré luego, que fuese la noche de la Purificacion) orando con mas fervor que de ordinario, vió entrar en el templo al Salvador del mundo revestido de vestiduras sacerdotales. S. Lorenzo y S. Vicente iban á su lado haciendo el oficio de diácono y subdiácono. Despues se seguia la reina del

cielo con un ejército de vírgenes, y luego S. Juan Bautista capitaneando á los antiguos patriarcas y profetas, S. Pedro y S. Pablo á los apóstoles, S. Esteban á los mártires y S. Martín á los confesores. Todos ocuparon su lugar con gran admiración de S. Enrique, único mortal que presenciaba aquella solemnidad. Los ángeles entonaron el introito de la misa: *Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui*; que es la de la fiesta de la Candelaria; y cuando llegaron á aquellas palabras: *Justitia plena est dextera tua*; es decir: Tu diestra está llena de justicia; primero el Salvador, despues su santa madre y consecutivamente todos los demás se volvieron hácia S. Enrique mostrándole con el dedo y manifestando por esta ceremonia el contento que el cielo recibia de la justicia administrada por el emperador en favor de todos sus vasallos. Dicho el Evangelio, el ángel presentó el libro al Salvador para que le besara, despues á la Virgen y á todos los asistentes: la madre de bondad no quiso que S. Enrique fuese privado de este consuelo, porque mandó al ángel que le llevara el libro diciendo: Da de mi parte el ósculo de paz á mi fiel siervo Enrique, cuya virginidad me agrada con preferencia. Pero como él estaba arrobado y no atendia bien á todo lo que pasaba, el ángel le tocó en el nervio del muslo y le dijo: Esto te servirá de testimonio del amor que Dios te tiene, á causa de la castidad y de la justicia que practicas. El nervio se encogió y se le quedó un pie mas corto que el otro; por lo cual fué llamado despues Enrique el cojo.

IV. He referido esto principalmente para manifestar cómo todos los santos siguen el impulso de su reina y están á la devoción de aquellos á quienes se digna de mirar con buenos ojos; porque lo que hacen los cortesanos de la tierra por respetos mundanos ó por interés, cuando acatan y honran al valido, lo hacen los cortesanos del cielo por inclinación y se mueven por los principios de

una caridad cordial y divina á servir y socorrer á aquellos que son mas particularmente agradables á su reina. Así no creo equivocarme si digo que despues de los privados de Jesus no se hallará quien tenga mas partidarios en el cielo (si es licito llamarlos con este nombre) que los validos de la Virgen, porque toda la corte sigue el impulso de los afectos de la reina y no tiene voluntad mas resuelta despues de la de glorificar á Dios que la de honrar á su madre y servirla en la persona de aquellos á quienes ama. Con efecto léanse todas las apariciones de la Virgen, y casi siempre se hallará que es seguida de un escuadron de espíritus bienaventurados y acompañada de algunos santos escogidos segun le parece. Tengo por cierto que en tales ocasiones se suscita en el cielo una santa emulación sobre quién merecerá el honor de escoltarla y dar alguna muestra de buena voluntad á aquellos á quienes quiere bien. De esto nos admiraríamos mucho menos, si pudiéramos concebir con qué ansia se inclinan los santos á servir, honrar y amar á la madre de Dios, y si fuéramos capaces de tomar la lección que nos da S. Dionisio en el capítulo IV de los nombres divinos diciendo que no sucede con el favor del cielo como con el de la tierra, porque aquí los corazones son tan pequeños, que el cariño se limita casi á uno solo, y este continuamente teme que los otros aspiren á lo que él ama y se lo quiten; pero en el cielo Dios, el único que posee y llena los corazones, les da una capacidad proporcionada al amor con que los previene; de suerte que cuanto mas amor hay en un corazón, mas le dilata la caridad, y cuanto mas ardientemente se inclina á un objeto, tanto mas desea verle querido de los otros, y mas emplea su poder para conseguirlo.

V. El valimiento de los privados de la Virgen se descubre tambien en que por consideración á ellos concede infinitas gracias á otras personas. Estando santa Lutgar-

da á punto de mudar de monasterio, la madre de Dios le dió palabra de que por ella tendria siempre particular cuidado de su primera casa. Consuela leer las gracias que hizo María por santa Brígida. Por amor de ella armó de todas armas á su hijo Cárlos como á un verdadero caballero cristiano, le recibió bajo su proteccion y le defendió contra todos. Por amor de ella asistió á su hermano Israel contra los infieles y le auxilió en muchas ocasiones y especialmente en la mas importante de todas, que es la de la hora de la muerte. Por amor de ella descubrió muchos secretos á su confesor y le infundió una luz celestial tanto para la inteligencia de las sagradas escrituras como para el conocimiento de las cosas interiores. Por amor de ella libró á su marido de los recios asaltos de los enemigos invisibles al pasar de esta vida á la otra. Por amor de ella ahuyentó á las cuadrillas infernales que atormentaban á una de sus damas al aproximarse la última hora. En una palabra por amor de ella se empleó de mil maneras en favor de sus criados y de las otras personas que le recomendaba la santa. De aquí colijo que no hay dicha en el mundo igual á la del favor de la madre de Dios, porque teniendo ella sola mas poder que todos los bienaventurados juntos, no pueden menos de ser grandes aquellos á quienes ha entregado su corazon. Decia un dia el valiente Temistocles que su hijo Diófanes era el señor mas poderoso de la tierra, y lo inferia de que los griegos poseian el imperio del mundo, los atenienses daban leyes al resto de la Grecia, él mandaba á los atenienses, su mujer á él, y su hijo alcanzaba de su madre cuanto deseaba. Si los privados de la madre de Dios quisieran subir por los mismos grados, hallarian al fin que son omnipotentes, porque supuesto que toda la felicidad imaginable está en manos del Padre eterno y este ha dejado á su hijo la disposicion plena de aquel; supuesto que el Hijo ha entregado á su madre las llaves con un po-

der absoluto, segun he mostrado en otro lugar, y la madre no puede negar nada á aquellos á quienes ama tiernamente; ¿qué falta sino que todo lo que Dios posee, esté á su disposicion y que su valimiento se extienda tan lejos como el de la reina del cielo? ¡Mil y mil veces dichosos aquellos á quienes ha cabido tal suerte! Gocen enhorabuena de tanta dicha, ¡y ojalá nosotros por su mediacion hallemos acogida en aquella cuya proteccion y favor han ganado!

§. IV.—De las finezas que la madre de Dios hace á sus privados; tercer efecto del favor.

S. Bernardo.

I. Quien quitase al favor la privanza, le quitaria lo mas precioso que tiene. Con efecto el corazon del rey vale mas que sus presentes, y el franquearle á sus amigos es mas de apreciar que cuantas dádivas puede hacer. Verdad es que es muy difícil amar apasionadamente sin que se efectúe esta comunicacion, porque el amor es un poderoso encanto, que va en derechura al corazon y saca de él los mas intimos pensamientos. Dios mismo no pudo menos de amar así, y leemos en el capitulo XVIII del Génesis que el amor le forzó á descubrir á Abraham uno de sus mas grandes designios. Moisés trataba familiarmente con él como un amigo con otro. Así no es extraño que los hombres sean arrebatados por los impulsos suavemente fuertes de su corazon cuando están poseidos del amor, pues Dios mismo se libra de ellos con dificultad. El emperador Tiberio era un hombre muy disimulado y artero en su gobierno; no obstante no podia contenerse cuando veia á su privado Seyano, y le descubria enteramente su pecho. Alejandro no sabia cómo obsequiar á su amigo Efestion: se alegraba cuando tenian á